

## La Modernización del PRI

Miguel Angel Granados Chapa

Las asambleas ordinarias del PRI -la Decimocuarta de las cuales comenzará pasado mañana y concluirá el lunes próximo- se proponen generalmente dos fines principales. Elegir o ratificar a sus dos mayores dirigentes es uno de ellos. Y modificar sus documentos fundamentales es el otro. Estos documentos son la Declaración de Principios, el Programa de Acción y los Estatutos. En esa medida tiene sentido el que se hayan formado sendas comisiones que organicen los materiales a discutir en relación con tales documentos. No me queda claro, en cambio, de qué modo se ensambla con el resto el trabajo de la cuarta comisión echada a andar en junio pasado, que es la de "modernización del partido".

Es que, cualquiera que sea el sentido de tal modernización, sus acciones no tienen existencia o vigencia autónoma, sino en relación con los documentos mencionados y, por lo tanto, las proposiciones correspondientes deberán ser la materia de trabajo de las tres comisiones respectivas (jefaturadas por tres priistas que, cuando esa nomenclatura era válida, quedaban incluidos en la izquierda del partido: Socorro Díaz, José Carreño Carlón y Jesús Salazar Toledano). La modernización doctrinaria, la de las tareas que el gobierno impulsado por los priistas deba realizar, y la modernización de las estructuras y funciones internas del partido, todo lo cual es necesario para que el PRI cumpla la parte que le es propia en la más amplia "reforma del Estado" proclamada por el presidente Salinas, está ya anticipada en anuncios hechos por los responsables de las comisiones citadas. Pero ¿Dónde encajará el resultado de la cuarta comisión? ¿Será su trabajo el factor sorpresa que algunos barruntan? ¿Será esa la tarea que, según debe don Rodolfo González Guevara, líder de la Corriente Crítica, realizar el supersecretario José Córdoba, circunstancia a la que otro de los encabezadores de esa corriente, Federico Reyes Heróles, ubica en "oficinas de la Presidencia de la República"?

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la asamblea que comenzará en 48 horas más, se reúne bajo el signo de la modernización. Sólo que el concepto, difuso y tenue de suyo, es además multívoco. Sobran las interpretaciones de lo que significa para el PRI modernizarse. Podemos encontrar por lo menos tres posiciones posibles, contradictorias entre sí, que se enfrentarán en la gran concentración de priistas.

Una es la sostenida por el equipo salinista, que dirige el partido pero no lo controla por completo. La modernización que propone incluye la reforma de la doctrina aunque no necesariamente la del comportamiento. Si se compara la actual Declaración de Principios con la porción conceptual del Primer Informe de Gobierno del presidente Salinas

se encuentra con facilidad no sólo contradicción sino antagonismo y oposición. La retórica revolucionaria es considerada obsoleta por los jóvenes técnicos profesantes y practicantes del neoliberalismo, en el mejor de los casos con alguna tintura rosácea, como la que pueden proveer los textos de Michel Rocard, el primer ministro francés, que ha adulcorado notoriamente el socialismo en que formalmente está inscrito. Aunque pareciera que la tentativa de dar un vuelco entero al partido ha sido vista ya como imposible, y no se pretenderá cambiar su nombre ni su emblema, como varios indicios permitían conjeturar; no se ha abandonado el propósito de remozar la Declaración de Principios de suerte que se refiera a otro modo de entender la historia, la sociedad y el Estado, distinto del que sostuvo el PRI hasta ahora.

Una modernización distinta es la de quienes sienten necesario cambiar refacciones al motor priista para hacer que recobre su eficacia electoral y en consecuencia su capacidad para controlar la movilización social, sea corporativa o no. Los propugnadores de esta posición no quieren que el PRI pierda su carácter de partido estatal, sólo quieren evitar que esa índole sea un obstáculo para la operación del partido. Tampoco quieren que los comportamientos electorales que le dieron mala fama, pero buenos resultados, se eviten. Quieren sólo conferirles nueva eficacia, para que sigan proveyendo buenos resultados sin el costo de la mala fama.

La tercera manera de entender la modernización es la de quienes están ciertos, y no sólo de dientes para afuera, de que la hora del PRI todopoderoso, el partido único, la aplanadora, el partido invencible, etcétera, ya se acabó; y el partido debe hacerse cargo de esa verdad, y obrar en consecuencia. Se trata de quienes suponen posible, y deseable, que la doctrina revolucionaria siga siendo la del PRI, y en torno de ella se afilien quienes quieran integrar un partido que sea como los demás, y pierda o gane elecciones según la calidad de sus candidatos y la validez de sus pronunciamientos, y no sobre la base de *chanchulleros*.

El concordismo priista, es decir, su vocación integradora, su capacidad para hacer un amasijo de ingredientes diversos y hasta encontrados ha podido en el pasado mezclar agua y aceite. Eso que fue en cierto modo vital será defecto si se aplica de nuevo en esta oportunidad, que quizá no sea la última, pero casi, para la supervivencia priista. Si se toma de aquí y de allá, para no introducir gérmenes de división -eso, claro, en el caso de que haya discusiones reales- y no prevalece una sola de las tres ideas de modernización, el partido se habrá quedado como está. Al borde del precipicio.